

Los métodos del evolucionismo en Antropología, según Marvin Harris

Como el más connotado representante del materialismo cultural, Marvin Harris, es un autor que reivindica la esencia del evolucionismo en la antropología, por más que comparta las críticas a la versión unilineal con la que ese planteamiento epistemológico se inició en la disciplina a finales del siglo XIX de la mano de autores clásicos como Tylor, Spencer y Morgan.

En 1968, Harris escribió **“El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura”** de la que forma parte el texto al que hace referencia este comentario. Para quién haya leído sus obras más populares como **“Vacas, cerdos, guerras y brujas”** (1974) o incluso su **“Antropología cultural”** (1983), excelentes aportaciones que han contribuido enormemente a la divulgación de la antropología, un libro como el que nos ocupa puede resultar menos atractivo. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que tanto por la temática como por los lectores a quienes va dirigido su estilo ha de ser forzosamente más académico.

A lo largo de las 34 páginas del capítulo mencionado se trasluce con bastante nitidez la preocupación de Marvin Harris por rescatar al evolucionismo de las inmisericordes críticas de los difusionistas de la escuela vienesa e incluso de los funcionalistas y los particularistas históricos capitaneados por Franz Boas.

De la lectura atenta de su escrito emerge una conclusión bastante clara: igual que todos sabemos que el acervo individual es una combinación de la genética y de la modulación de las diversas experiencias vividas, nadie puede dudar que en antropología es necesario combinar tanto la valoración de las condiciones de la unidad psíquica de la humanidad que permite invenciones independientes como la difusión de esas invenciones a través de los contactos entre culturas.

La cuestión que diferencia a unos y a otros es el peso que se atribuye a cada uno esos dos factores insoslayables. Para los evolucionistas adquiere mucha más importancia el tronco común y su desarrollo siguiendo algunas leyes identificables, mientras que para difusionistas, funcionalistas y particularistas históricos son las diferencias por adaptación a los diversos medios las que deben resaltarse.

Esta toma de posición se relaciona, además, con la clasificación neokantiana en ciencias nomotéticas e ideográficas, que podría simplificarse considerando a las primeras como las que estudian, principalmente, fenómenos en los que las relaciones causa-efecto se mantienen estables y a las segundas como aquellas sometidas a una permanente “vibración” que “desenfoca” con frecuencia el objeto de análisis.

Aunque Harris tuvo buen cuidado en señalar desde la primera página que los evolucionistas no partieron de Darwin sino que formaron parte, en todo caso, de una misma corriente de pensamiento, es evidente que los planteamientos nomotéticos, propios de las ciencias naturales, encajan mucho mejor con sus tesis, que buscan fijar un proceso básico unitario en sus claves fundamentales, que con las de sus oponentes, más cercanos, claro está, a los métodos de las ciencias ideográficas. Debe señalarse, sin embargo, que tal relación dista mucho de ser cien por cien exacta ya que existe una hibridación de metodologías como no podía ser menos de esperar en una disciplina como la Antropología que se nutre de (y nutre a) fuentes muy diversas.

Una parte sustancial del trabajo de Marvin Harris que comentamos está dedicada al método comparativo tan denostado en la versión primigenia utilizada por los primeros antropólogos evolucionistas, los cuales buscaban en las culturas “primitivas” contemporáneas rastros de estadios previos de la propia, considerada, sin prácticamente ningún rubor, como el culmen de la civilización.

Esta forma de proceder tan aceptada cuando se trataba de la interpretación de fósiles o de ejercicios de anatomía comparada resultó teñida de un eurocentrismo y de una visión tan unidimensional que no resistió la acometida de las primeras críticas rigurosas. Harris y otros autores como Carmelo Lisón [2] explican muy bien la reacción pendular que llevó hasta el difusionismo extremo y explican que fueron necesarias unas cuantas etapas más en la historia de la antropología para que, alrededor de los años 1960, surgiera un evolucionismo multilineal que diera paso a la ecología y al materialismo cultural.

Estas visiones neoevolucionistas se han propuesto rescatar las bondades de un método que se había desarrollado a partir de las creencias de la Ilustración en un progreso que quedaba patente no sólo en estudios paleontológicos como los de Lyell [3] y en los arqueológicos, a los que el texto comentado dedica varios apartados para señalar tanto su importancia en esa fase de la antropología como sus limitaciones sino también en los de una naciente ciencia lingüística.

Harris considera excesivas las implacables críticas de Lowie [4] y argumenta que es imprescindible la “reconexión” fundamentada entre los niveles tecnoeconómicos y el nivel de organización social, evitando, eso sí, cualquier determinismo simplista que obvie los elementos de una innegable adaptación ecológica al entorno.

Por otra parte estima que los procedimientos estrictamente sincrónicos propuestos por los funcionalistas para combatir tanto los abusos del método comparativo como la propensión de algunos de sus seguidores a detectar *survivals*, adolecen de la evidente limitación de ignorar la indudable herencia cultural, que aunque esté en permanente reconstrucción y adaptación funcional, no puede partir de cero para lograrlo: su plasticidad puede ser grande pero no es infinita!.

En mi opinión, el trasunto final que subyace en todo este debate no es otro que el de las relaciones entre las teorías antropológicas y los datos de campo que se toman para perfeccionarlas o desmentirlas. Marvin Harris hace mención a este problema en su texto, señalando a Tylor como el primero en aplicar rigor estadístico e indicando las limitaciones que en este sentido se podrían aplicar a los estudios que realizaron Boas y Malinowski.

En definitiva y como señala Begonya Enguix [5] la relación entre teoría y datos es un continuo camino de ida y vuelta en el cual, aunque debe aceptarse que la interpretación de los datos no puede ser nunca estrictamente neutral y objetiva, ello no ha de ser un impedimento para garantizar suficientemente su transparencia y honestidad asegurando, de esta forma, que puedan resultar una aportación significativa al conocimiento del tema en estudio.

En el contexto del texto comentado puede decirse que la visión “progresista” de los evolucionistas tendía a atribuir gran importancia a los vestigios de etapas anteriores (*survivals*) mientras que, por el contrario los particularistas históricos, la consideraban insignificante. O en palabras del propio Harris al final de las páginas analizadas: “*es preciso poner en la cuenta de los primeros (los particularistas históricos) una sobreestimación de la cantidad de desorden observable en la historia, lo que es un error por lo menos tan grave como el exagerado orden que veían en ella algunos de los evolucionistas*” [1]. Sin embargo, resulta, desde mi punto de vista, más parcial y discutible la frase final en la que atribuye un espíritu de nihilismo científico a los particularistas. Una demostración más de la dificultad de mantener una actitud neutral, que tal y como comentábamos, no ha de restar valor a los esfuerzos honestos de interpretación de los datos, en este caso más bibliográficos que otra cosa, a los que Harris ha procurado dar coherencia en la obra mencionada.

Referencias:

[1] Harris, M. (1968) *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura*” (pp. 155) Siglo XXI

[2] Lisón, C. (1971) *Difusión y Evolución: Estado de la cuestión en Antropología*. Anuario de Estudios Atlánticos, n.17, 1971

[3] Lyell, Ch. (1835) *Principles of Geology*, John Murray

[4] Lowie R. H. (1966) *Culture and Ethnology*, Basic Books

[5] Enguix, B. (2013) *Entonces; ¿Qué hacemos con los datos?. Reflexiones sobre la interpretación de los datos en Ciencias Sociales*, Revista Latinoamericana de metodología de la Investigación Social, nº4. Año 2. Oct.2012-marzo 2013.Argentina.